



LÁGRIMAS
DE ORO

JOSÉ LUIS
GIL SOTO

JOSÉ LUIS GIL SOTO
LÁGRIMAS DE ORO



© José Luis Gil Soto, 2022
© Editorial Planeta, S.A., 2022
Ediciones Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 2.894-2022
ISBN: 978-84-670-6509-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

Diseño de Cubierta: Planeta Arte & Diseño

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S.L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

La llamada

Sevilla, 17 de abril de 2019

Su vida iba a cambiar, pero aún no lo sabía. Al pasar ante la Maestranza, mientras aguardaba al volante en el semáforo, la teniente Rebeca Parma dirigió la mirada a la acera y vio a unas señoras con mantilla que caminaban al encuentro de una procesión. Olía a azahar, incienso y cera. Sevilla, en aquellos días, era para recorrerla bajo un capirote cirio en mano o para huir, y eso era precisamente lo que se proponía hacer en sus días libres. Había pensado en regresar a casa y aprovechar para pasar unos días en Madrid cerca de su madre, pero finalmente había aceptado la tentadora invitación de su amiga Claudia. Era la primera vez en mucho tiempo que pasaría unos días de vacaciones. Desde que entró en el Grupo de Patrimonio Histórico de la Guardia Civil, no había parado. Ahora que podía, le parecía mentira.

Llevaba en la maleta lo justo para cuatro días de tranquilidad y lectura tras varias semanas de intenso trabajo fuera de casa, en Sevilla, sumergida en una investigación complicada que se había resuelto satisfactoriamente. Ahora, mucho más tranquila y sin casos importantes a la vista, se podía permitir desconectar. Tomó el bolso que reposaba en el asiento de al lado y aprovechó para pintarse los labios frente al pequeño espejo del parasol. No solía hacerlo, pero el horizonte de las vacaciones la impulsaba precisamente a marcar la frontera entre los días de intenso trabajo y aquellas primeras horas de libertad.

Hacía mucho tiempo que no veía a Claudia. Con ella había forjado una de esas amistades infantiles y duraderas que había empezado cuando Rebeca veraneaba con sus padres en Mallorca. Allí se habían conocido y se habían intercambiado cartas y llamadas du-

rante años entre un verano y otro, hasta que la amistad fue íntima. Así estuvieron hasta que Claudia se fue a estudiar Derecho a Madrid, entonces consolidaron su relación viéndose todos los días. Cuando terminaron sus estudios cada cual había hecho su vida, pero cada vez que se veían era como si se hubieran despedido el día anterior.

Así como Rebeca no se había casado, Claudia lo había hecho con un alto directivo de un gran banco, pero se había divorciado hacía poco. Ahora vivía en un magnífico chalé con vistas al mar, donde ambas pasarían el fin de semana largo que tenían por delante.

Miró el reloj. Iba con tiempo de sobra, aunque el tráfico era denso por la carretera del aeropuerto en doble sentido: muchos sevillanos abandonaban la ciudad y miles de visitantes acudían al reclamo de la Semana Santa. Se dijo que era cuestión de paciencia, bajó las ventanillas y notó que se removía su melena castaña suelta. Cansada de uniforme, se había puesto lo más cómoda posible para viajar: pantalón beis de *trekking*, camiseta blanca ajustada y calzado deportivo. No llevaba complementos, salvo un bolso grande de piel azul. Tocó la pantalla multimedia de su coche de alquiler y puso la radio. Sonó *Poker face* y no pudo evitar moverse ligeramente al ritmo de la música. Le fascinaba Lady Gaga.

Llegó con tiempo al aeropuerto, dejó el coche bien aparcado, comprobó que no olvidaba ninguna ventanilla bajada y, tirando de su *trolley*, se dirigió a la terminal. Al traspasar las puertas de acceso se dio cuenta de que el vigilante de seguridad, un joven alto y apuesto, la estaba mirando de arriba abajo.

Le dio por pensar que tal vez estaba en un buen momento para encontrar su media naranja en un lugar tan maravilloso como Mallorca. Hacía mucho tiempo que no se adentraba en el laberinto del amor. En los últimos tiempos había tenido varias aventuras, todas ellas con hombres divertidos, con los que salía una o dos veces y no se veía compartiendo un proyecto de vida. Y eso que se consideraba a sí misma como una mujer nada exigente, sencilla, alegre, hogareña, que alcanzaba momentos felices con cualquier nadería. Los que más la atraían no tenían interés por ella y viceversa.

En lo físico podía afirmar sin miedo a equivocarse que gustaba a una buena parte de los hombres. Era alta, esbelta, morena de piel, poseía unos bonitos ojos oscuros y largas pestañas. Aunque no practicaba deporte con frecuencia, conservaba la figura con

notable éxito. No se arreglaba demasiado, eso era cierto, solía vestir de manera informal, pero es que cuando se maquillaba y se miraba al espejo no se sentía a gusto. Prefería ir al natural y así se veía bien. Se giró hacia el vigilante y lo sorprendió mirándole el trasero. Sonrió y movió la cabeza de un lado a otro, como si quisiera ahuyentar los pensamientos.

Había hecho el *check-in online* y no tenía maleta que facturar, solo llevaba equipaje de mano, pasó el control con facilidad y se dirigió pausadamente a la puerta de embarque. Miró el reloj de nuevo. Tenía un margen de media hora larga. Entró en una de las librerías a echar un vistazo, hojeó alguna revista de actualidad, tomó en sus manos algunos de los libros recién publicados y le atrajo uno por su portada. Otro más. Sabía sobradamente que no tenía vida para leer los libros que tenía pendientes, pero no pudo resistirse y lo compró sin pensarlo. En contra de su costumbre, no le apeteció leer el periódico. Lo del cansancio y las ganas de desconectar eran reales.

Pidió un café y se sentó en la zona de embarque con el libro en las manos, lo abrió por las primeras páginas y leyó «*Fata viam invenient*. El destino se abre sus propias vías. Publio Virgilio Marón. *Eneida*». Lo cerró de nuevo y se quedó pensativa, repitiendo la frase en su interior a fin de retenerla en la memoria. Así estuvo un rato largo, con la mirada en un punto indeterminado, solo pensando.

Llegada la hora se puso en la cola del embarque. Rebuscó el móvil en el bolso para poner un mensaje a su madre antes de apagarlo, pero en ese momento empezó a vibrar. En la pantalla apareció el rostro del comandante Zabaleta. Por un momento pensó que querría despedirse y desearle unos días maravillosos, pero una sombra de duda nubló su pensamiento y tardó en descolgar. Sería la primera vez que Juan Zabaleta la llamaba para desearle un buen viaje, así que algo lo suficientemente importante justificaría que la llamase a la hora en que tenía que subir a un avión.

—¿Sí, mi comandante?

—Rebeca, ¿dónde estás?, ¿sigues en Sevilla?

—Eh... —dudó un instante—. Estoy en la puerta de embarque, iba a apagar el móvil ahora mismo. ¿Qué pasa? —preguntó intrigada.

—No es nada grave... —el comandante dudó a su vez—, es uno de esos casos que no parecen importantes pero que vienen de arriba, ya me entiendes. Tienes que anular el viaje.

—¿Anular el viaje? ¡Es Miércoles Santo! ¿Qué tipo de caso no puede esperar hasta el lunes?

Rebeca sabía que ciertos asuntos requerían una intervención inmediata, pero si el propio Zabaleta reconocía «que era uno de esos casos que no parecen importantes», bien podía esperar a que regresara de vacaciones.

—Han robado un collar de una Virgen en un pueblo de Extremadura.

—¡Qué coño...! —exclamó ofuscada—. Vamos, mi comandante, no creo que sea tan grave como para que no pueda incorporarme cuando vuelva. Voy a embarcar —dijo a sabiendas de que si la llamaban era porque no la iban a permitir volar—. No...

—Teniente Parma, de verdad que lo siento, coge un AVE esta misma tarde y regresa a Madrid. No está en mi mano.

El comandante colgó y ella se quedó allí de pie, paralizada, con su DNI en una mano y el móvil en la otra. No podía creerlo. Quienes la conocían sabían que era muy exigente consigo misma. Estaba en guardia permanente. Nunca se tomaba un día libre, nunca se permitía un solo día de descanso mientras tuviera casos por resolver. Y tenían que pedirle esto precisamente en sus primeras vacaciones en mucho tiempo. Pero aquella forma de hablarle no admitía réplicas. Tras unos minutos de desconcierto resopló con resignación, miró a un lado y a otro, y vio a la supervisora sonriendo a los primeros pasajeros en embarcar. Se apartó de la fila sin convencimiento mientras pensaba aceleradamente. Por un momento se dijo que qué diablos, que si Zabaleta la hubiese llamado cinco minutos más tarde se habría encontrado con su teléfono apagado y ella camino de Mallorca. Y una vez allí no la habría hecho regresar. ¿O sí? Se sentó en uno de los asientos de espera mientras veía la fila avanzar hacia el *finger*. Aún estaba a tiempo de tomar ese avión, apagar el móvil y volver el lunes a la comandancia de Sevilla a recoger sus cosas para regresar a Madrid después de que hubiese salido el sol por Antequera cuatro días seguidos en su ausencia. Podía coger el AVE el lunes a media mañana.

Pero no lo hizo. En su lugar, mientras la fila se extinguía y la puerta de embarque se cerraba, reclamó al seguro del vuelo. Desde que trabajaba en el Grupo de Patrimonio Histórico, siempre que reservaba avión contrataba un seguro de cancelación, pero nunca había tenido que usarlo. Ahora tenía que avisar a Claudia

de que no iban a reencontrarse en apenas dos horas, ni iban a compartir su chalé mirando al mar. Mira que era un buen plan, maldita sea. *Fata viam invenient*; nunca se sabe, pensó.

Desanduvo sus pasos por la terminal y se dirigió de vuelta al aparcamiento. Tenía que reservar el billete de AVE, pero antes pasaría por el hotel donde se había alojado en las últimas semanas de trabajo y luego por la comandancia a por sus cosas. Dentro del coche puso de nuevo la radio: *Bohemian Rhapsody*. Le recordó a la película reciente sobre Queen y que a ella no le había gustado. El Freddie Mercury que tenía en su cabeza no se parecía en nada al que habían llevado al cine.

De vuelta a Sevilla marcó el número de Claudia para avisarla, pero estaba fuera de cobertura. A la altura de la Plaza de Armas le llegó de nuevo el olor a azahar, incienso y cera. Bajó la ventanilla y resopló, resignada. Y, sin poder evitarlo, le picó la curiosidad profesional de saber qué tipo de collar había evitado que estuviera a aquellas horas volando hacia un pequeño paraíso.

—Contadme lo que sepáis del caso —les pidió a sus compañeros—, y decidme qué es eso tan gordo que justifica que no me hayan dejado ir a Mallorca.

Habían salido de Sevilla al atardecer en un coche todoterreno, camino de Extremadura. El comandante Zabaleta había considerado finalmente que regresar a las oficinas centrales de Madrid para luego volver al sur era una pérdida de tiempo, y había que actuar rápido. La teniente Parma iba con su equipo, con los mismos que la habían acompañado durante la última investigación en Sevilla, la sargento especializada en biblioteconomía y documentación Paula Herranz —que además era una buena amiga— y el cabo primero Jaime Ferreira, un joven experto en criminología, que se encargaba además de los equipos tecnológicos: cámaras, sistemas de tomas de muestras y de huellas, ordenadores... Al volante, un guardia de la comandancia de Sevilla que regresaría a su puesto cuando lo estimasen oportuno.

—Se trata de la iglesia de San Lorenzo del pueblo cacereño de Conquista de la Sierra, cerca de Trujillo —comenzó a informar la sargento Herranz—. Han robado un collar de oro y esmeraldas. En Semana Santa y en las fiestas patronales lo luce la imagen de la Vir-

gen, o lo lucía. Ya ha intervenido Policía Judicial. Han sido ellos los que han dado el aviso. Las órdenes, al parecer, vienen del coronel.

Parma miró a su compañera y amiga. Al contrario que ella, Paula iba siempre cuidadosamente maquillada, con los labios pintados de tonos vivos y su corta melena castaña bien peinada.

—¿Han investigado en el pueblo? —preguntó con la mirada aún en el pelo de Paula.

—No tenemos más información, pero supongo que habrán hecho ya algunas pesquisas sin encontrar nada, y eso justifica que nos hayan llamado a nosotros.

—¿Tenemos alguna foto del collar?

—Sí, mira. —El guardia Jaime Ferreira le acercó su *smartphone* para que Rebeca pudiera verlo. La teniente amplió la imagen con índice y pulgar y la observó con atención.

—Gracias, Jaime. ¿No sabemos nada más?

—No, nada.

El cabo primero era más joven que ellas, estudioso, reservado e intuitivo. Sin haber llegado a los cuarenta, ya contaba en su expediente con éxitos notables. Además, Rebeca sabía que jamás escatimaba esfuerzos. Ambos, Paula y él, eran magníficos compañeros.

—¿Sobre qué hora llegaremos? —preguntó la teniente.

Paula miró su móvil antes de responder.

—En torno a las nueve y media. Tenemos alojamiento en Trujillo, por si prefieres empezar mañana a primera hora.

—Por supuesto que no, iremos hoy mismo al pueblo.

Tanto Paula como Jaime esperaban esa respuesta. A pesar del enfado por haber tenido que suspender sus vacaciones, Rebeca sabía perfectamente lo importantes que eran las primeras horas después de un robo, si es que en este caso lo había habido. Estaban acostumbrados a trabajar en sustracciones de obras de arte y sabían que los ladrones, con frecuencia profesionales, sacaban de España el objeto robado y lo ponían en circulación en el mercado negro en un suspiro. Tenían una amplia experiencia en investigaciones contra el patrimonio artístico, aunque en los últimos años, con el refuerzo que había hecho la Policía Nacional de su Brigada de Patrimonio Histórico, habían perdido una parte del trabajo y del protagonismo. Antes eran ellos quienes se ocupaban de todos los casos, pero la Policía Nacional había formado un buen equipo que ahora se encargaba de aquellos atentados contra el patrimonio

que sucedían fuera del ámbito rural. Todavía recordaba cómo se había mordido las uñas durante la investigación que la Policía había llevado a cabo para recuperar el *Códice Calixtino* de la catedral de Santiago. Pensaba que si ellos hubiesen estado detrás de aquel caso, el códice habría aparecido mucho antes. La parsimonia con que los «nacionales» habían resuelto el caso estuvo a punto de acabar con el *Calixtino* en un contenedor o comido por la humedad en un garaje.

—Me viene a la memoria el robo de una corona de plata de una Virgen en un pueblo de Toledo, ¿te acuerdas? —dijo Paula—. Al final lo tenía un chaval que pensaba que podía hacerse rico vendiéndola, y cuando la tuvo en su poder no supo qué hacer con ella y la escondió bajo el asiento del coche de su padre. Estaba muerto de miedo.

Dejaron atrás las dehesas del sur para adentrarse por la Autovía de la Plata en Tierra de Barros. La luz de la anochecida se reflejaba en el Guadiana cuando pasaron por Mérida. Luego discurrieron por paisajes de cultivos y posteriormente de nuevo entre dehesas. Antes de llegar a Trujillo tomaron el desvío a la derecha a Santa Cruz de la Sierra. A aquellas horas las siluetas de las encinas se recortaban sobre el cielo oscurecido. Era casi de noche.

Cuando llegaron a Conquista de la Sierra los esperaban ante la iglesia un capitán de la Unidad Orgánica de Policía Judicial de la Guardia Civil, el brigada del puesto de Trujillo, el alcalde, el párroco y varios civiles a los que Rebeca, en un primer momento, no prestó atención. Después de los saludos se dirigió a sus ayudantes y les dio unas instrucciones para que cogieran parte del equipo: cámaras de fotos, lámparas de ultravioletas, recipientes para muestras, guantes... El coche con los equipos estaba estacionado en la pequeña Plaza del Llano, ante la iglesia y junto a otros coches de la Guardia Civil de Trujillo y Cáceres.

—Por favor —dijo dirigiéndose a todos los que aguardaban en la puerta—. Quisiéramos entrar solos. Brigada —Miró al responsable del puesto de Trujillo—, si a usted no le importa, me gustaría que se encargara de que no nos molesten hasta que hayamos terminado.

—A sus órdenes, mi teniente.

—Disculpe, yo entraré con usted. Soy el capitán Suárez-Arias, de Policía Judicial, encantado de saludarla, teniente Parma.

—Igualmente, encantada. Supongo que tienen ya un informe. ¿Qué ha pasado? El capitán Suárez-Arias asintió y dijo:

—El párroco dice que entró esta mañana para la misa de ocho y que se dio cuenta enseguida de que faltaba algo. Al parecer no tardó en percatarse de que se habían llevado el collar de la virgen.

—¿Eso es todo?

—Muy resumidamente, sí. Según el párroco, no han robado nada más. En realidad, usted misma lo comprobará, no hay mucho más aquí, si acaso la talla del Cristo.

—Bien, entremos.

La iglesia era pequeña, de bóvedas bajas y arcos de cañón, con dos cuerpos. Se trataba de un templo que incitaba al recogimiento. Estaba iluminado por luz artificial, porque las vidrieras por donde entraba la luz diurna estaban ya oscurcidas. A la izquierda, bajo el coro, estaban preparados los pasos para las procesiones del jueves y el viernes: un Cristo yacente, un crucificado y la Virgen de la Portera, a la que le habían robado el collar.

—¿Hay alarma? —inquirió la teniente Parma.

—No. En realidad parece que aquí no hay nada que robar, salvo en Semana Santa cuando preparan los pasos y le colocan el collar a la Virgen. El pueblo es pequeño y todos se fían de todos. Nunca ha habido nada que temer.

—¿Y dónde está habitualmente el collar cuando no lo lleva la Virgen?

—Parece ser que lo guarda una vecina del pueblo en su casa, es tradición. Pasa de una generación a otra desde hace siglos.

La teniente miró al coro, una maravillosa balaustrada de madera destacaba al final de la nave central, casi al alcance de la mano.

—Pero... ¿a quién pertenece el collar, en realidad?

—A la parroquia, según testimonio del propio sacerdote. Y por extensión, al obispado de Plasencia.

—¿Algún sospechoso? O sospechosa.

—Siendo sincero, no tenemos ni idea. Don Delfín, el párroco, insiste en que todo es muy raro y que no cree que sea nadie del pueblo, que aquí se conocen todos y que nadie osaría cometer un delito así. Apunta a alguien de los pueblos cercanos, incluso de Trujillo. O bien a alguno de los turistas que aprovecha la Semana Santa para recorrer esta zona, donde hay muchos alojamientos rurales.

—¿Estamos seguros de que no se han llevado nada más?

—No parece que haya nada más de valor en la iglesia. Como ve, es una parroquia sencilla de un pueblo pequeño. Ni coronas de diamantes, ni mantos bordados en oro, ni tallas de especial factura, nada. Únicamente ese collar de oro y esmeraldas que solo puede verse en Semana Santa y en las fiestas de la Virgen.

—Hábleme del collar, por favor.

—Sinceramente, no puedo darle ningún dato sobre la joya, no hemos tenido tiempo más que de recabar una fotografía del mismo, tomada en la Semana Santa del año pasado. El propio párroco... —el capitán se acercó al oído de Rebeca Parma para hablarle en voz baja—. Ya habrá advertido usted que es africano y apenas conoce la historia de la iglesia, le hemos preguntado si sabe algo más del collar y no parece saber nada. Le importan sus fieles, pero no ha podido aportarnos mucho más.

—Está bien; Jaime, por favor, toma huellas y haz fotos.

El cabo primero encendió la cámara y en apenas unos minutos tomó decenas de instantáneas desde todos los ángulos posibles.

—Muy bien —dijo la teniente Parma—, volveremos mañana por la mañana y nos entrevistaremos con todo aquel que pueda aportar algo. Que la iglesia quede vigilada por una patrulla, salvo que usted diga lo contrario, capitán.

—Por mi parte no hay problema. En realidad, salvo que necesite algo de nosotros, le daremos nuestro informe y nos volveremos a Cáceres. Por supuesto, estamos a su disposición para cualquier cosa que necesite en esta investigación.

—Gracias, no creo que sea necesario. Le agradezco mucho el trabajo, capitán. Paula, por favor, averigua lo que puedas acerca del collar: características, posible valor, origen. Me interesa mucho saber cómo llegó aquí, si fue una donación, si lo compró la Parroquia... Ya sabes.

—De acuerdo. Salvo que lo llaman el collar de Pizarro no sabemos nada más por ahora.

—¿De quién?

El capitán Suárez-Arias la miró extrañado.

—De Pizarro, bueno, de los hermanos Pizarro, para ser más exacto.

—Ah... no sabía que el collar era de Pizarro, ¿el conquistador?

—¡Claro!... ¿No se lo habían dicho? Estamos en Conquista de la Sierra, no se llama así por casualidad.